

todas las muchachas europeas quieren parecerse a

CATHERINE SPAAK

**17 AÑOS DE
CULTURA,
MALICIA
Y
SEGURIDAD
EN
SI MISMA**



EL cine ha lanzado un nuevo mito, un nuevo arquetipo: Catherine Spaak. Hoy, en Italia se habla ya de las muchachas «tipo Spaak». Se da por seguro que esto ocurrirá pronto en numerosos países. Por la difusión del cine italiano y por las características de la actriz, una muchacha de 17 años recién cumplidos, con un apellido famoso y una personalidad que muchos consideran que «pone al día» la de B. B.

Los 17 años la sitúan ya a cubierto de toda acusación de «elitismos». Es, y uno no se atreve a escribir sencillamente, la versión 1962 de la adolescente que tiene conciencia de sus encantos. Una versión que, a diferencia de la picardía tradicional, entraña algo más que un físico o una falsa ingenuidad provocativa. Porque Catherine Spaak es, amigos lectores, infinitamente más que una decoración.

el cine es una profesión seria

«Yo no he soñado nunca, como les ocurre a la mayor parte de las muchachas, con aparecer en el cine. Para mí el cine no es un mundo fabuloso que haya que conquistar. Sencillamente, se trata del trabajo de mi familia», dice Catherine Spaak sin demostrar timidez o emoción. Nos habla sentada en un diván verde oscuro de su piso, dando la espalda a un ventanal por el que se ve un maravilloso panorama romano. «Desde niña, el cine ha formado parte de mis juegos, de las conversaciones que oía en la mesa, de las relaciones entre papá, mamá y sus amigos. He estado siempre convencida de que en un determinado momento tendría mi papel de protagonista en la actividad de la familia». Calla un instante. Acaricia la cabecita de «Brujas», su gata. Se arregla luego el cabello para fijar una onda rebelde. «No creo que el cine sea una actividad que otorgue privilegios especiales. Creo que se debe ser actriz como se es ingeniero, empleado o albañil. Ir al trabajo, hacerlo lo mejor posible y volver a casa. De mi trabajo quiero sólo la seriedad». Habla despacio, eligiendo un tono literario, con una lógica que contradice su aire vagamente distraído. «Los Spaak somos una dinastía cinematográfica, en la misma medida en que se puede ser una dinastía de abogados, de médicos, de técnicos, o de gentes que desde varias generaciones atrás trabajan la tierra». La gata da un salto y desaparece. Catherine coloca las manos sobre las rodillas, me roncó con sus blancos dientes, sin una arruga en las comisuras de los labios. Comprendo que este aire un poco trágico que la aureola —rostro ligeramente rectangular, dos grandes ojos pardos y serios, largos cabellos rubios cortados a navaja— acaba siendo un gracioso y necesario contrapunto a su fun-

SIGUE



Catherine tiene una gata a la que llama «Bruja». Es una gata bastante más sofisticada que Catherine, para la cual, desde niña, el cine ha formado parte de sus juegos.

damental sentimiento de seguridad. Charlando con Catherine se intuye que nada en ella es fortuito, casual. Ni una vacilación, ni una actitud de «jovencita bien» condicionada por el ambiente que le rodea, ni una frase que denuncie esa carga de sentimentalismo y ambición tan frecuentes en las muchachas que empiezan a ser «grandes estrellas».

áspera e inteligente

Catherine está dispuesta a ser en el cine italiano lo que B. B. ha sido en el francés: la adolescente «sexy» con cuerpo de efebó, variante actual de la eterna «ingenue maliciosa». Ha creado un nuevo mito: el de la muchacha áspera pero inteligente que despierta los sueños prohibidos a los hombres de cuarenta años. Una infinidad de muchachas de 16 años imitan ya sus actitudes, sus miradas densas de alusiones, su modo de vestir y de peinarse.

Catherine Spaak, como se sabe, procede de una familia extraordinaria. Aún no habla nacido Catherine, cuando su padre, Charles Spaak, era ya un hombre famoso. Era el autor del guión de «La kermesse heroica», «El refugio de los pobres», «La bandera», «La gran ilusión»; había ganado un puesto entre los grandes de la historia del cine, a la vez que una considerable fortuna. Su tío, Henry Paul Spaak, era el «Premier» del Gobierno Belga y ministro de Asuntos Exteriores. (Más tarde sería presidente del Consejo de Europa, presidente de la Ceca y secretario de la Na-

to). Otro tío, Claude Spaak, alcanzaba el éxito como comediógrafo. Mientras su madre, Claude Cleves, antes de cumplir los veinte años, era ya solicitada por los productores de Hollywood. Hay que decir que Claude Cleves comenzó muy joven su carrera de donadora de leones. Había alcanzado ya muchos éxitos, cuando un león estuvo a punto de causarle la muerte. Una cicatriz, ya casi imperceptible en el rostro, es el recuerdo que hoy guarda madame Spaak de la aventura. («Yo y mi hermana Agnes —explica Catherine— pedíamos siempre a mamá que nos contara la historia del león malo, mucho más emocionante que la de Caperucita Roja.»)

Tras abandonar el circo, Claude Cleves tuvo un buen comienzo cinematográfico en la Francia de la anteguerra. Su belleza, definida entonces como «pungante», se prestaba a una serie de personajes maliciosos. Era una actriz muy cotizada, a punto de salir hacia Hollywood, cuando conoció a Charles Spaak. Se casaron en 1938.

A través de los años, los Spaak han interpretado siempre papeles de primer plano y coleccionado éxitos sin el menor percalce.

por diez centímetros de más

Catherine nació en la mañana del 3 de abril de 1945, en París. Exactamente en un bello apartamento del sexto piso del palacio de la Avenue de Versailles, 21. «Verdaderamente —dice riendo Catherine—, aquel día

no había ningún pronóstico especial. La ventana de la habitación era la única que daba a los techos de París, y no, como las restantes de la casa, al río. Fue luego mi cuarto y esto me salvó de perderme en fantasías mientras contemplara el Sena». Su primer propósito fue el de hacerse ballarina. A los cinco años comenzó a frecuentar la academia de danza clásica; naturalmente, la dirigida por Serge Lifar. Durante diez años ambicionó el triunfo con las zapatillas rojas. «Pero por culpa de mi estatura no pude hacer nada; hay un límite para las danzarinas clásicas: un metro sesenta y cinco de estatura. Diez centímetros de más hicieron naufragar mis proyectos.»

Mientras tanto seguía estudios regulares. Aprendió el piano porque así lo quería su madre, pero, la verdad, sin gran provecho. En cambio se divertía con la práctica de varios deportes, siguiendo también el programa materno: tenis, equitación, patinaje, esquí. Y también natación y esquí acuático, durante sus largas estancias en la estupenda villa de Cap Martin, en la Costa Azul. Villa donde sus padres recibían normalmente a viejos amigos: Duvivier, Picasso, Renoir y otras muchas celebridades del cine, del arte, de la cultura. «No he tenido nunca amigos jóvenes», dice Catherine. Hay un gesto triste, o así nos lo parece, de la actriz. Por eso, aun contando con que su «programa escolar» serían las vacaciones ideales de tantas muchachas, le preguntamos si, además de obedecer a su madre, Catherine tenía sus propias diversiones. «¡Oh, sí, naturalmente! Las normales de todas las chicas. También me gusta bailar, aunque me fastidie el ir a locales o participar en reuniones». Me asegura que su

Catherine Spaak está dispuesta a ser en el cine italiano lo que B. B. ha sido en el cine francés.



En la versión
1967 de una adolescente
de 17 años que tiene
conciencia
de sus talentos.



infancia ha sido completamente feliz y que su primera adolescencia está llena de apasionantes descubrimientos. Por ejemplo, la música, la literatura o la pintura. «He aprendido a amar a Bach y a Vivaldi. He devorado toda la obra de Radiguet. También conozco todos los museos de París y he hecho lo posible para no faltar a ninguna exposición de pintura moderna.»

catherine spaak **llega al cine**

Lo que fatalmente tenía que suceder se inició cuando la muchacha no había cumplido los diez años. Charles Spaak escribía el guión de «La spiaggia», y el director Lattuada, al ver a Catherine, intentó darle un papelito. Era demasiado pronto. Pasaron cuatro años y la oportunidad volvió a presentarse. Un día, en París, una amiga suya le rogó que la acompañase a los estudios para someterse a una prueba ante el director Jacques Gauthier. Apenas éste la vio, olvidó a su desgraciada amiga y ofreció el papel a Catherine. Esta aceptó y rodó «L'hiver», sin recibir después especiales elogios. «El comienzo fue completamente casual. Ciertamente que, con mis antecedentes familiares, habría sido un día u otro actriz. Pero no basta llamarse Spaak para hacer una carrera segura», dice Catherine con firmeza.

Al participar en «L'hiver» se dio cuenta de lo difícil que era interpretar. De acuerdo con sus padres, decidió tomar lecciones. Se inscribió, naturalmente, en la Academia del Teatro Nacional Popular, de Vilar; naturalmente, con Alain Cuny y Georges Wilson de profesores. El director Jacques Becker la oyó un día recitar un fragmento de Molière y se entusiasmó. Le ofreció un papel en «Le trou». Poca cosa: Catherine aparecía tras la reja del locutorio de una cárcel. Pero fue ella la encargada de presentar «Le trou» en un progra-



ma de la televisión francesa, circunstancia que determinaría su decidida incorporación al cine.

la noche de los teléfonos

Algunos meses antes, cuando se preparaba para rodar «El dolci inganni», Lattuada había vuelto a insistir para que Catherine fuera la intérprete. Otra vez, Spaak se había negado, atrincherándose en el pretexto de que su hija aún no tenía los 16 años. Pero la aparición de Catherine en la TV, y su intervención en «Le trous» cambiaron las cosas. Aquella noche, Sofia Loren, en París, estaba sentada ante la pantalla de TV, y apenas vio a Catherine telefonó a Ponti, que se encontraba en Roma. Ponti —que era el productor del film— llamó a Lattuada y éste, inmediatamente, telefonó a Spaak para renovar la petición. En casa de los Spaak hubo una reunión familiar para estudiar los diversos aspectos del problema. Por fin, el viejo guionista llamó a Lattuada: «Te cedo a Catherine como si fueras un hermano». La muchacha salió para Roma, donde fue sometida a una prueba. Regresó en seguida a París. En el umbral de su casa la aguardaba, radiante, su madre: Lattuada acababa de darle la noticia de que todo marchaba bien.

«El dolci inganni» fue un gran éxito para Catherine. No había cumplido todavía los 16 años. «Para mí lo único que contaba era la opinión de papá y mamá. Decidimos juntos que debía ponerme a estudiar dicción». Su tío Henry Paul, el estadista, se entusiasmó con su sobrina y le envió una larga carta llena de elogios. «Sin embargo —comenta Catherine—, yo sé muy bien que él de estas cosas entiende poco.»

Vino luego la película de Luciano Salce, «La voglia matta», que fue ya un triunfo clamoroso para la actriz. Allí nació el mito Spaak.

Tras el éxito, firmó dos nuevas películas: «Il sorpasso» y «La parmigiana». En ambas, un mismo compañero: Vittorio Gassman. Y como directores, Dino Risi y Pietrangeli. El tipo, será el mismo: la menor maliciosa, un «filón comercial» del que no podrá librarse fácilmente.

Quizá la gran oportunidad de que esto ocurra surgirá con el rodaje de «La ragazza di Bube», una película de Luigi Comencini, con guión sacado de la novela de Cassola y primera «vueltas de manivela» —como aún se dice recordando los viejos tiempos del cine— a mediados de enero.

"quiero ser una verdadera actriz"

«Me gusta mucho trabajar en Italia, pero Roma me encanta también por otras razones: mi novio vive aquí». «Tendré que esperar varios años a casarme, porque quiero consolidarme previamente como actriz. Lo primero es el trabajo. Debo trabajar mucho, sin temor a ningún sacrificio.»

Sonríe para aligerar la seriedad de estas afirmaciones. Se ha levantado del diván y, con la nerviosa gaita en los brazos, queda inmóvil junto a la ventana. Me viene a la cabeza lo que me ha dicho quien la conoce desde hace tiempo: «Es perfecta y fría. Producto de una educación especial, de un sistema victorioso de vida.»

Catherine parece intuir mi pensamiento: «No he llegado a comprender cómo soy». Tranquila y con paso lento me conduce a lo largo del corredor. «Le acompaño», dice. Y luego, ya en la puerta, «Hasta pronto», mientras me tiende su mano delgada y nerviosa. Una dama no se hubiera comportado mejor: perfecta y fría. Eficiente, seria, llena de inteligencia y de madurez. Cuando ya empiezo a salir, hace una reflexión en voz

alta, casi más para sí misma que para mí: «No sé si es bueno haber logrado tan joven el éxito. Hubiera preferido ir más despacio. Ahora es difícil mantenerse siempre a la altura alcanzada. Pero un hecho es cierto: quiero ser más que el personaje que imitan todas las muchachas.»

vida sentimental y conversión al catolicismo

Cuando Catherine Spaak vino para rodar la película de Lattuada, a pesar de su juventud, se le atribuyeron varios romances. Y otro tanto sucedió cuando hacía «La voglia matta». Se trataba de cosas publicitarias, pero a ella no le preocupaba desmentirlas y, además, cuadraban con el desenfado —los bikinis más pequeños, algún escándalo en las salas de fiesta— de sus actos y con ese mito de Catherine, «una muchacha inteligente, áspera y algo perversa».

Catherine aseguraba siempre que tenía un novio en París. Nadie se lo tomaba en serio. A pesar de que un día este novio, un compañero de Liceo, llegó a Roma. Era un muchachito de 15 años, de quien no ha vuelto a saberse nada más. Por fin Catherine conoció a Fabrizio Capucci. Al principio se limitaron a sopotarse, poco después la joven actriz se enamoró de él. Desde entonces las cosas han cambiado rápidamente en su vida. Cambio que ha culminado con el Bautismo, Confirmación y Comunión de Catherine Spaak, una actriz que admira a la Moreau y a la Hepburn, entre las mujeres, y a Terziuff —con quien rodará «La ragazza di Bube»—, entre los hombres, aparte, claro, de Fabrizio Capucci, el joven italiano con quien se casará dentro de un par de años, tan pronto asegure su carrera y la famosa familia de los Spaak dé por terminada la educación de su pequeña Catherine.

OSVALDO PAGANI



Catherine Spaak y Vittorio Gassman en «Il sorpasso», película que acaba de dirigir Dino Risi.